



## PROPÓSITOS Y RESOLUCIONES

QUE DEBEN TENER PRESENTES LAS HIJAS  
DE MARÍA EN TIEMPO DE EJERCICIOS DU-  
RANTE LAS ELECCIONES.

Y dije: *Ahora empiezo.*

(Psalm. LXXVI.)

¡Oh adorable Salvador mío!  
Postrada á vuestros pies os ofrez-  
co con toda confianza las resolu-  
ciones que vuestra infinita bon-  
dad se ha dignado inspirarme en  
los días de mi sosiego y felicidad:  
concededme la gracia de obser-  
varlas fielmente hasta mi último  
suspiro.

1.<sup>a</sup> Seré muy puntual en ha-

cer los ejercicios de la mañana  
y de la noche, persuadida de las  
muchas gracias que á ellos están  
vinculadas; procuraré asistir to-  
dos los días al santo sacrificio de  
la Misa y tener un rato de medi-  
tación ó de lectura espiritual, y  
no omitiré el examen de concien-  
cia antes de acostarme.

2.<sup>a</sup> Me confesaré al menos ca-  
da mes, ó con más frecuencia si  
me fuere posible, y no me escu-  
charé jamás á mí misma sobre  
mi falta de disposición y de fer-  
vor; para ello seguiré fielmente  
los consejos de mi confesor, y  
combatiré con firmeza toda incli-  
nación que me lleve al desaliento  
y tibieza espiritual.

3.<sup>a</sup> Me mostraré siempre muy  
sumisa á mi Madre la Santa Igle-  
sia, y tendré horror á todo lo que  
pueda debilitar el respeto, obe-

diencia y amor que le debo. Para responder á las objeciones que se me pueden hacer contra mi santa Religión, diré: Yo creo lo que la Iglesia cree, condeno lo que ella condena, practico lo que manda practicar, y no pretendo saber más que ella.

4.<sup>a</sup> Por mucho que me cueste, evitaré cuidadosamente lo que por su naturaleza ó por mi debilidad me fuere ocasión peligrosa. Si me espanta la dificultad, pensaré en la recompensa. ¡Una vida sosegada y sin turbación, una muerte tranquila, el cielo!!!

5.<sup>a</sup> Resistiré con prontitud á las tentaciones, ya con un suspiro hacia Dios, ya con un movimiento de fervor de mi corazón, ó por el menosprecio de las sugerencias del maligno espíritu; en la misma agitación del combate

procuraré permanecer firme sin perder interiormente la paz de mi alma.

6.<sup>a</sup> En mi traje observaré siempre las reglas de la decencia cristiana, é imitaré en este punto á las personas más ejemplares, huyendo también del reprehensible y pernicioso desaliño.

7.<sup>a</sup> Pondré el mayor cuidado en la elección de amigos y lecturas, y sacrificaré á Dios el gusto de novelas y folletines peligrosos, con el fin de conservar la pureza de corazón juntamente con el gusto de ocupaciones serias y de lecturas sólidamente agradables.

8.<sup>a</sup> Jamás me entregaré á la desgraciada ociosidad, que á tantas jóvenes pierde. No pasaré mi vida sin hacer nada ú ocupada en bagatelas; procuraré, al

contrario, hacerla útil con ocupaciones sólidas, que podré amenizar con alguna honesta recreación.

9.<sup>a</sup> A fin de hacer la piedad agradable, no sólo á Dios, sino también á los hombres, trabajaré con todas mis fuerzas en adquirir una grande igualdad de ánimo y hacerme toda á todos por amor de mi Dios.

10. Seré atenta, cortés y caritativa para con todos; pero sabré mostrar firmeza cuando convenga sobreponerse al respeto humano por ser fiel á los deberes de mi santa Religión.

11. Detestaré la murmuración como peste de la sociedad; procuraré diestramente cortar la conversación cuando me encuentre con personas poco cuidadosas en este punto.

12. Me prepararé con una conducta verdaderamente cristiana á la elección de estado, y lo escogeré movida únicamente del deseo de agradar á Dios. Si el Señor me llama al matrimonio, preferiré ante todo un sujeto que practique fielmente la Religión. Obrar de otra suerte sería exponerme á ser muy desgraciada toda la vida. En cualquier estado que Dios me coloque trataré de ser fiel en cumplir sus obligaciones, siendo éste el espíritu de la verdadera piedad que yo quiero practicar con firmeza aunque sin ostentación.

13. Ruego á nuestro Señor Jesucristo se digne inspirarme siempre un grande amor á los pobres. Por este medio atraeré las más abundantes bendiciones sobre mí y sobre toda mi familia,

y tendré la recompensa del ciento por uno, al paso que cumpliré con lo que es de riguroso precepto para el cristiano.

14. Me asociaré á alguna buena obra con el fin de alimentar en mi corazón el celo de la gloria de Dios y salvación de las almas.

15. Todos los días de mi vida conservaré una gran devoción á mi amantísima y tierna Madre la santísima Virgen, y la inculcaré á los demás. No olvidaré tampoco á mi santo ángel de la guarda, ni al padre putativo de Jesús, el glorioso San José.

¡Oh Jesús, divino Salvador mío! Yo deposito todas estas resoluciones en el centro de vuestro divino Corazón por medio del Corazón inmaculado de María, vuestra santísima Madre, á la que diré con el mayor fervor y confianza:

¡Madre, aquí tenéis á vuestra hija!

¡Madre, aquí tenéis á vuestra hija!

¡Madre, aquí tenéis á vuestra hija!

En Vos, Madre mía dulcísima, he puesto mi confianza de que «jamás quedaré confundida».

Ave María purísima; sin pecado fué concebida María santísima.

*La paz y la misericordia descansarán sobre las personas que observaren esta regla. (Gálat., VI.)*

Nuestro Santísimo Padre Pío VII, á 10 de Abril de 1821, concedió indulgencia plenaria y sacar un alma del purgatorio (según estaba ya anteriormente decretado por Clemente VIII y Benedicto XIV) á todos los fieles que, confesados y comulgados, dijeren delante de un Crucifijo la siguiente oración, sin que á ella sea necesario añadir otra súplica:

QUINCE MINUTOS  
EN COMPANÍA DE  
JESÚS SACRAMENTADO

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames mucho. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías á tu madre, á tu hermano.

*¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera?* Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras hiciese yo actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan á olvidarse en cierto modo de sí propios para atender á las necesidades ajenas. Háblame, así, con sencillez, con llaneza, de los pobres á quienes quisieras consolar; de los enfermos á quienes ves padecer; de los extraviados que anhelas volver al buen camino; de los ami-

gos ausentes que quisieras ver otra vez á tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón; y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón más especialmente ama?

*Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia?* Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes orgullo, amor á la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente..., y pídemelo luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos ó muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos Santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad..., y poco á poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes del cuerpo y del entendimiento; salud,

memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios ó estudios... Todo eso puedo darte, y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude á tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

*¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto?* Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué puedo hacer por tu hermano, por tu hermana, por tu amigo, por tu superior? ¿Qué desearías hacer por ellos?

Y por mí, ¿no te sientes con deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien á tus prójimos, á tus amigos, á quienes amas tal vez mucho, y que viven quizá olvidados de mí?

Dime, ¿qué cosa llama hoy particularmente tu atención? ¿Qué anhelas más vivamente? ¿Con qué medios cuentas para conseguirlo? Dime si te sale mal tu empresa, y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras interesarme algo en tu favor?

Soy, hijo mío, dueño de los corazo-

nes, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

*¿Sientes acaso tristeza ó mal humor?* Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha menospreciado? Acércate á mi Corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, á semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago... recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías que no por ser injustificadas dejan de ser desgarradoras? Échate en brazos de mi providencia. Contigo estoy; aquí, á tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora, olvidadas, se alejan de ti, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y yo las volveré á tu lado si no han de ser obstáculo á tu santificación.

*¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme?* ¿Por qué no me haces partícipe de ellas, á fuer de buen amigo tuyo que soy? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas, quizá has visto disipados negros recelos, quizá has recibido faustas noticias, una carta, una muestra de cariño; has vencido una dificultad, salido de un lance apurado... Obra mía es todo esto, y yo te lo he proporcionado; ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como un hijo á su padre: Gracias, Padre mío, gracias? El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

*¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme?* Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón; á los hombres se engaña fácilmente, á Dios no; háblame, pues, con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más á aquella ocasión de pecado, de privarte de aquel objeto que te dañó, de

no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación, de no tratar más á aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás á ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra á quien por haberte faltado miraste hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mío; vuelve á tus ocupaciones habituales, á tu taller, á tu familia, á tu estudio...; pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama á mi Madre, que lo es tuya también, la Virgen santísima..., y vuelve otra vez mañana con el corazón más amoroso todavía, más entregado á mi servicio; en el mío encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

A. M. D. G.



## VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¡Qué consuelo visitar los lugares que Jesucristo ha santificado con su presencia! Con qué transporte de gozo se ven el establo donde nació, el Calvario donde derramó su sangre, el sepulcro en que su sagrado cuerpo estuvo tres días, el Tábor donde dejó impresas las huellas de sus pies! Jesucristo no hizo más que pasar por todos estos sitios, al paso que reside día y noche en nuestros altares; sin embargo, ¡cuán pocas son las personas que le visitan, y cuántos los que le olvidan! A fin de reparar tantas ingraticudes adquiere la piadosa costumbre de visitarle cada día, si puedes, en el santísimo Sacramento. Piensa al dirigirte á la iglesia en la dicha que vas

á tener de conversar con tu amable Salvador, y entra en su casa con la modestia y el respeto que exige la santidad del lugar que se ha dignado escoger para morar con nosotros.

*Efusión del corazón.*—Yo me presentaré con confianza, Señor, delante del trono de vuestra misericordia, y penetrada de un religioso respeto adoraré y alabaré vuestro santo nombre.

Como Magdalena, póstrate á los pies de Jesús, llora tus pecados, admira sus misericordias, y derrama en su presencia tu corazón diciéndole:

La que amáis, Señor, aquella por quien derramasteis vuestra sangre y á la cual os habéis dado tantas veces en la sagrada Comunion, se halla atormentada por (*tal ó cual mala inclinación*), y tiene necesidad de (*tal ó cual gracia*); ¿será la primera que

habrá confiado en Vos y á quien no habréis escuchado?

Hacetiempo, ¡oh Dios mío!, que no tengo valor, que me falta celo para combatir á los enemigos de mi salvación; que no tengo constancia en la práctica de mis deberes, soy tibia en serviros, orgullosa, llena de envidia, pronta á dejarme arrebatado de la ira. ¡Ay de mí! ¡cuántas miserias!... Mas Vos podéis sanarme.

*Si no puedes derramar lágrimas de arrepentimiento, permanece en silencio; ó si hablas, sea únicamente para expresar tu admiración, respeto y amor.*

¡Oh Salvador y Dios mío! ¿Qué puedo desear en el cielo y á quién puedo amar en la Tierra sino á Vos? ¡Oh Dios de mi corazón! ¡oh adorable Jesús! Vos sois mi fortaleza, mi consuelo, mi tesoro y mi herencia. ¡Ah! ¡cuán cierto es

que los que no cuidan de venir á tributaros sus homenajes no os conocen, y que cuantos de Vos se apartan marchan al abismo! Por esto quiero poner mi felicidad sólo en creer en Vos y en amaros, ofreciéndoo cada día mi corazón y todo mi ser.

*Al pensar en lo poco visitado y honrado que es Jesús en su divino Sacramento, imagina que te dirige estas palabras: ¿Y tú también, hija mía, quieres abandonarme?, y dile:*

¡Que yo os abandonaré, Dios mío, para ir á servir á los enemigos! ¡Yo os olvidaría por mis placeres! Si tal hiciese, ¿quién me indemnizaría de tan gran pérdida? ¿Quién puede dispensarme de venir á ofreceros el homenaje de mi corazón y de lo que poseo? Vos sólo tenéis palabras de vida eterna; Vos sois mi Rey, mi Salvador y mi Dios; quiero serviros

con amor el resto de mi vida.  
¡Ah! ¡por cuán feliz me tengo en poder visitaros en vuestros tabernáculos!

Escucha con el mayor recogimiento las palabras que Jesús hará resonar en tu corazón. Pregúntale amorosamente lo que debes hacer para alcanzar la vida eterna. Desprecia en su presencia todos los bienes del mundo y esmérate en desagraviarle, para lo cual puedes hacer el siguiente

ACTO DE DESAGRAVIO  
AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¡Oh amantísimo Salvador mío! Penetrada del más vivo dolor á vista de las ofensas que habéis recibido y recibís todos los días en el Sacramento del altar, me postro en vuestra presencia para desagraviaros de ellas. ¡Ojalá pudiera con mi veneración y respeto reparar cumplidamente vuestro honor menospreciado! ¡Oh! Si me fuese dado borrar con mi sangre tantas irreverencias, tantas profanaciones, tantos sacrilegios como se cometen contra Vos, ¡cuán bien empleada sería mi vida logrando darla por tan digno motivo! Otorgadme, Dios mío, el perdón que imploro para los impíos

que os blasfeman, para los infieles que os desconocen, para los herejes y cismáticos que os deshonran, para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de vuestro amor, y, finalmente, para mí, que con tanta frecuencia os he injuriado. Trocad mi culpado corazón; dadme un corazón contrito y humillado, un corazón puro y sin mancha, un corazón consagrado á vuestra gloria y víctima de vuestro amor. Por mi parte os ofrezco reparar en adelante tantas irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo, con mi solicitud en visitaros, con mi devoción en recibirlos, para que, amándoos cada día en la Tierra, os ame sin cesar en el cielo. Amén.

Ruega ahora á Jesús sacramentado por las necesidades de la Santa Iglesia,

exaltación de la fe católica, extirpación de errores y herejías, paz y concordia entre los príncipes cristianos, por el santo Pontífice y demás Prelados, por las benditas almas del purgatorio y por tus bienhechores, etc.

Podrás variar esta visita de otros modos muy provechosos: 1.º Rezando los seis Padrenuestros, Avemarias y Gloria Patri que es costumbre. 2.º Diciendo el Credo muy despacio, pensando que cada artículo de él es una lanza contra un herejarca, y que al fin los has sometido todos á Jesús sacramentado. 3.º Repitiendo la oración *Anima Christi* (pág. 69), acompañándola de variedad de afectos, avivando la fe de que está allí ese mismo Señor con su alma, su cuerpo, etc., é implorar su protección. 4.º Figurándote ver á tu lado al ángel de tu guarda que te señala el tabernáculo ó sagrario, y te dice: *He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, pídele que te haga como un manso cordero de su rebaño, sin permitir que ni tú ni yo nos volvamos lobos por nuestros pecados, y que cuantos lo son se conviertan en mansos corderos. 5.º Rezando alguna de las siguientes preces:



## ORACIÓN

DE LAS

# CUARENTA HORAS

1. *En tiempo de Carnaval.* — Para ganar la *indulgencia plenaria* concedida por Clemente XIII es preciso confesarse, comulgar y visitar una vez al Santísimo en la iglesia donde se halle expuesto.

2. *Durante el año.* — *Indulgencia plenaria* á todo el que durante el tiempo de la exposición se confiese y comulgue y haga una visita en la iglesia en que se halle expuesto el Santísimo. — Además, *indulgencia* de diez años y diez cuarentenas *cada vez* que se haga esta visita con propósito de confesarse. (Paulo V.)

## VISITA DE LAS ESTACIONES

EL JUEVES Y VIERNES SANTO

*Indulgencia plenaria* comulgando el Jueves Santo ó el día de Pascua, visitando el Santísimo expuesto en las estaciones, y rogando allí por las intenciones del Sumo Pontífice. También se ganan diez años y diez cuarentenas en cada visita, haciéndola con propósito de confesarse. (Pío VII.)

## LA HORA SANTA

Entre las devociones con que podemos tributar al Corazón de Jesús el culto que le es debido, la *HORA SANTA* es una de las más recomendadas á los socios del Apostolado de la Oración y de la Comunión Reparadora. Consiste en tener una hora de meditación ó de oración vocal, haciendo compañía en espíritu á nuestro divino Redentor cuando, puesto en agonía en el Huerto de